



AÑO II.

SEVILLA, 30 DE ABRIL DE 1882.

NUM. XXV.

DIRECTOR LITERARIO
BENITO MAS Y PRAT

PRECIOS DE SUSCRICION
Un año, 48 rs.—Seis meses, 26.—Tres meses, 14.

DIRECTOR GERENTE
LUIS B. PALMÉR

PROPIETARIO
AURELIO ORDUÑA

DIRECTOR ARTÍSTICO
TOMAS POVEDANO

PRECIOS FUERA
Un año, 52 rs.—Seis meses, 28.—Tres meses, 15.

REVISTA QUINCENAL

De tantas cosas como tengo que dar cuenta á mis lectores, me decido por no relatarles ninguna.

Feria, corridas de toros, de caballos; fiestas hípias, remedos modernos de las cañas de gomeles y zegries y de los torneos del mundo galante del Renacimiento; todo esto ha pasado en el breve intervalo que deberíamos reseñar, si no pertenecieran esas fiestas agradables y esos risueños recuerdos al tesoro de memorias de nuestras niñas sevillanas.

Han pasado nuestras fiestas de primavera, y pronto la emigración de las aristocráticas aves á las frescas costas del Norte y á los establecimientos termales, dejará á Sevilla sólo con los rezagados,

Como se van las horas
Y tras ellas los días,
Y los alegres años
De nuestra pobre vida.

* *

El 23 de Abril de 1882 hizo 266 años que en una modesta casa de la que desde hacía no mucho tiempo era córte de las Españas, próxima al sitio conocido con el nombre de *Mentidero de representantes*, con entrada por la calle del Leon y vuelta á la de Francos, espiraba un hombre en quien la muerte se había cebado con tal saña, que no se hubiera dicho sino que todo el empeño lo había empleado en poner á prueba un alma de tan templadísimo acero, que si la muerte pudo quebrarla, la desdicha fué impotente siempre á abatirla.

Soldado, había asistido á una de las funciones navales más grandes que han admirado los siglos, y por premio á su arrojo y bizarría, sólo había sacado una mano lisiada; cautivo en Argel, tan olvidado se vió de los suyos, que á no ser por la infatigable caridad de los frailes mercenarios, tal vez aquellas lejanas playas hubieran servido de sepulcro á sus restos; vuelto á España, no sólo entre las implacables manos de una pobreza rayana con la miseria se vió cogido, sino que en más de una ocasión sólo pudo ver los rayos del sol á través de las rejas de una cárcel.

Detrás de ella, según confesion propia, empezó á tejer su libro, que sólo él bastaría á que el nombre de España fuera mirado siempre con envidia y con asombro por propios y extraños. Entre los muchos nombres gloriosos que cuenta nuestra patria, ninguno tan universalmente glorificado como el de aquel lisiado de Lepanto, aquel cautivo de Argel y aquel escritor insigne que nos dejaba el precioso legado de su *Ingenioso Hidalgo*.

Al ver al día siguiente de su muerte salir de aquella modesta casa de la calle del Leon el mísero cortejo que formaban cuatro hermanos terceros conduciendo su ataúd cubierto de toscas bayetas, y en cuyo fondo descansaban los rígidos miembros de un hombre cuyo semblante noble y majestuoso revelaba la grandeza del alma que había animado aquellos despojos, ¿quién hubiera sospechado que España acababa de perder su más legítima gloria?

Nadie, absolutamente nadie. Miétras otros in-

genios, que apesar de su inmensa grandeza sólo pudieran considerarse como astros de segunda magnitud comparados con él, eran agasajados y colmados de honores y riquezas, Miguel de Cervantes Saavedra, sólo con el apoyo del conde de Lemus había contado en vida. En muerte le acompañaban únicamente unos cuantos amigos, quizá poco menos desdichados que él. Tal vez las únicas lágrimas derramadas sobre su tumba fueran las de una monja llamada Isabel de Saavedra, que en la soledad de un convento de la calle de Cantarranas esperaba recibir las cenizas del que en vida se llamó su padre.

Injusto fué su siglo con Miguel de Cervantes; pero si esto es triste confesarlo, mayor es nuestra pena al ver cuán poco ha hecho la posteridad por remediar aquel error.

Nos dejaba en un libro el más sólido pedestal de una estatua, y dos siglos tardó España en erigir aquel monumento. Aun entónces la única estatua que se levantó al autor del *Quijote* se debió á la iniciativa de un rey intruso y extranjero.

Tiempo es aún de remediar pasadas faltas. Los pueblos despiertan hoy de su letargo para honrar debidamente á sus hijos. España, respondiendo á este movimiento, acaba de hacer una fiesta en honor de Calderon.

Si el 266 aniversario de Miguel de Cervantes ha pasado sin que paguemos debidamente la sagrada deuda que con su nombre tenemos, no dejemos pasar más tiempo.

Honrando al primero de nuestros escritores, nos honramos á nosotros mismos. Aprovechemos las excitaciones que en las columnas de *El Liberal* hace nuestro ilustrado colaborador y amigo D. Luis Vidart, y sirva la fecha en que Cervantes escribió la *Galatea* de plausible pretexto para honrar su memoria.

Si nuestros padres nos dejaron una deuda, no se la leguemos á nuestros hijos. Dejemos solventada esta deuda, para que ellos no puedan decir de nosotros lo que hoy decimos de las generaciones que nos precedieron.

* *

Pero dejando en paz á los muertos y buscando el contraste con los vivos, diremos que muy pronto serán sustituidos los *fantoques* de Cervantes por fantásticas bailarinas en el teatro del Duque.

D. Francisco Galvan, nuestro antiguo conocido, va á traernos esa novedad, que se exhibirá en el *Modesto* si, como creemos, no se opone la comisión revisora de teatros.

C. DE LA PENÍNSULA.

LA GEOGRAFÍA EN EL SIGLO V ÁNTES DE JESUCRISTO

(Conclusion.)

En el tiempo que média entre Thales de Mileto y Anaximandro y Hecateo, se enriquece considerablemente el conocimiento geográfico, merced

á los viajes, á los establecimientos de colonias y hasta á la guerra que, aunque terrible y destructora, es siempre fecunda en adelantos y concurre como todos los hombres, como todos los pueblos y como todos los acontecimientos á la no interrumpida obra del progreso y de la civilización.

Ya he hablado de la expedición griega que abordó al delta del Nilo y de su benéfica influencia en la cultura de la Grecia. El año 750 es un período de vida, de incansable movimiento: los buques se perfeccionan y el mar Negro contempla sus orillas cuajadas de colonias griegas. Un samio, Colio, arrebatado por las borrascas, cruza el estrecho de Gibraltar y se detiene en el Tartesio; la asombrosa riqueza de este país maravilla al griego, que hace de ella grandísimo acopio, y con su producto erige en Samos un templo á la diosa Juno. Un oráculo ordena por medio de la pitonisa al rey de Thera que envíe colonias á la Libya: menospreciado el mandato, una casual sequía aflige los dominios del olvidadizo monarca y la pitonisa se presenta á reclamar el cumplimiento del decreto de los dioses. El rey envía una comisión á los cretenses, los más comerciales y los más osados marinos de la Grecia, encargada de buscar un cretense ó extranjero que hubiera visitado las ardientes playas de la Libya, y un comerciante que, tiempos atrás, había naufragado en aquellos lugares, se compromete á guiar la colonia, recibiendo en cambio pingües recompensas. Los colonos se establecen en Platea; mas la colonia languidece, sus empresas se frustran... el oráculo no está satisfecho. La pitonisa habla por tercera vez y nuevos colonos erigen la hermosa Cirene en la Libya, sobre fertilísimo suelo edificada, teniendo á un lado las inexploradas tierras africanas, y al otro el mar que mugia sordamente al pié de sus orgullosos muros.

Ciro, en su dilatada série de victorias, recorre el Norte de Europa y las costas australes, y del Sudeste del Asia hasta el golfo arábigo. Víctima de otro naufragio, que le impele á las tierras de Sicilia, el ateniense Teocles, de vuelta en su patria, propone la fundación de una colonia. Aténas estaba aún muy dominada por el espíritu de concentración para acceder á la propuesta, y Teocles, rechazado en Aténas, ve su proyecto acogido por los de Chalcis. Las clases aristocráticas favorecían aquí esos establecimientos que las libertaban de plebeyos discolos, mal avenidos con su tiránica oligarquía. Entónces estos colonos constituyen en Tracia una colonia, origen de respetable confederación de treinta y dos ciudades, que se llamó Chalcidia. Los de Chalcidia colonizan la Sicilia, y de este modo se va ensanchando por momentos el límite de los conocimientos geográficos.

En el año segundo de la 42.^a olimpiada nació Anaximandro, discípulo despues de Thales, y del cual se asegura escribió una obra de Filosofía en prosa, obra desconocida para nosotros, y, de ser cierto, la primera que en ese género vió la luz de la publicidad.

Capitales adelantos debió la Geografía al sabio milesio, mereciendo citarse entre sus afirmacio-

nes la de que la tierra, lejos de ser plana, afectaba figura cilíndrica. Séame lícito detenerme un punto y preguntar: ¿de dónde infirió tal idea Anaximandro?

Habíanse observado las revoluciones de las estrellas y habíase visto á la Boreal, como única fija, entre las masas astelares; empero al dirigir su rumbo en direccion septentrional, notaron los viajeros que la estrella del Norte se elevaba sobre sus cabezas, descendía al emprender la direccion meridional, y si detenían su marcha también se estacionaba el astro, permaneciendo suspendido como una gigantesca lámpara de la amplísima bóveda de los cielos. Los astrónomos pensaron que era imposible este fenómeno si á la línea curva trazada en el firmamento no correspondía un arco de círculo concéntrico con el celeste, que tanto podía ser la sección de una esfera, como la incisión causada por un plano secante en una superficie cónica ó cilíndrica. El primero de estos casos fué el parecer de Thales: el último fué el de Anaximandro.

No era ya muy comun entre los sabios sostener que la tierra era plana: precisamente, huyendo de esto, nacieron infinitas hipótesis. Á la de Anaximandro siguió la de Leucippo, que la comparaba con un tambor; Heráclides la concibió como una nave; Anaximenes la consideró como una montaña cuya base se perdía en el infinito: unos siguieron la opinion de Thales, otros la creyeron bajo la forma de un cubo: diluvio de hipótesis que nos manifiesta cuán oscura idea tenían los sabios de la Jonia del esférico planeta que habitaban.

Atribúyese á Anaximandro la invencion de los signos que simbolizan las constelaciones zodiacales. Una de sus más notables afirmaciones fué que la tierra estaba en el centro del mundo. Intentó medir la magnitud del sol y aseguró que tenía el mismo volumen que la tierra. Calificó la luna de falso lucero subordinado á la acción directriz del sol. Desfizó un grave error al descubrir la oblicuidad de la eclíptica, que se creía perpendicular al eje de la tierra. Inventó el gnomon y él mismo lo aplicó á los relojes de los lacedemonios, según Favorino en su obra sobre los relojes de sol. Diógenes Laercio asegura que inventó la horoscopia; sin embargo, yo creo que si llegó á practicarla lo habría aprendido de los egipcios ó los caldeos, que la ejercían desde muy remota antigüedad. Describió la extensión de la tierra, marcando los lugares cubiertos por el mar en la superficie del planeta. Construyó una esfera armilar y trazó un mapa-mundi, el primero que registran los anales histórico-geográficos.

Hecateo, compatriota de Anaximandro, examinó el mapa-mundi de éste y lo corrigió en diversos puntos, añadiéndole, según Estrabon, el itinerario del mundo.

Hizo Hecateo repetidos viajes, en los cuales visitó el Egipto y el Occidente. Su gran mapa-mundi no respetó las imposiciones del antiguo egoísmo, que hacía imaginar á cada pueblo que habitaba en el corazón del globo, que no había otro mapa-mundi que la carta de sus dominios, y que los demás pueblos habían sido puestos en el mundo para servir de pasto á su sed de gloria y de opulencia. En esta carta se hallaba el mapa de los egipcios, parte de Arabia, Tracia y la región septentrional del Ponto.

Hemos pasado en el curso de este estudio de la observación exclusiva á la experiencia acompañada del cálculo; del conocimiento del territorio patrio al suministrado por los viajeros y colonos; de la creencia impuesta por el principio de autoridad á la emisión de hipótesis más ó menos razonables. En esta rápida ojeada histórica, la fábula cede su puesto á la inspección; el empirismo al raciocinio, como auxiliar aún de la observación; lo aprendido á lo pensado, y en toda ella no hemos visto ni un solo instante desmentida la invencible ley del progreso; ley grandiosa, porque nos revela la magnitud y eficacia de nuestros libres esfuerzos; eterna, porque nace de nuestra propia naturaleza, esencialmente perfectible; divina, porque nos acerca por infinita escala de sucesivas transformaciones á lo uno, lo absoluto, como característica de la plenitud de la existencia.

MARIO MENDEZ.

LA POESÍA DE LA INDIA ANTIGUA

KALIDASA

(Continuacion).

II

Así habla la naturaleza en las orillas del Indo, como en las del Cefiso, Mincio y Sena. Siva estaba también adornado como ella; el Dios terrible se había vuelto amable. Llevado por un toro, rodeado de genios, se pone en camino, y, como en la leyenda helénica de las bodas de Tétis y Poleo, todos los dioses bajan del cielo para tomar parte en la fiesta. Kalidasa no olvida nada; ni su marcha triunfal, ni el acompañamiento de parientes y amigos de Himalaya, ni los presentes acostumbrados, ni el mutuo regocijo de los dos desposados. Miradas cambiadas, apretones de manos, senos que se agitan, todo se comprende, y leyendo aquellos agradables detalles, se olvida que se trata de Siva, dios de la destrucción, y que Huma es la misma Dourga, aquella divinidad sanguinaria, á la que la India ofrecía víctimas humanas; aquellos mitos oscuros y atroces se dulcificaban bajo la pluma brillante del amable poeta. En fin, el *pourohita* (sacerdote de la familia) celebra el sacrificio nupcial bajo los auspicios de Brahma. El júbilo le hace mejor: pídesse al feliz esposo la gracia de Xama: resucitado el Amor, se rinde á las caricias de la voluntad, y Siva arrastra tiernamente á su compañera al tálamo, de donde saldrá bien pronto el guerrero Kartikeya, enemigo de los demonios y salvador de los dioses. Así termina mágicamente este fragmento de epopeya, que tiene unidad y proporciones relativas, y en el que Kalidasa, á falta de profundidad y energía, ha sabido derramar en él tanta elegancia y gracia.

Si el *Koumara-Sambhava* debía ser una especie de teogonía, el *Rhagou-Vansa* es un poema genealógico, una crónica versificada del género de los *Anales* de Ennio y de nuestras epopeyas carlovingias, con el empleo más frecuente del maravilloso. Es la historia tal como los indios la hacían, vaga, más moral que heroica y muy parecida á la fábula. Sabido es que decían haber tenido en su origen dos dinastías, emanada la una del sol y la otra de la luna. Los cinco hijos de Pandu, cantados en el *Mahabharata* pertenecían á la segunda; Rama, el héroe del *Ramayana*, á la primera. El *Rhagou-Vansa*, ó la *familia de Rhagou*, contiene la lista versificada de todos los príncipes solares: era una de las seis epopeyas clásicas de segundo orden, y ha sido traducida al griego, latín é inglés. Comprende diez y nueve capítulos y cuenta más de tres mil versos, estando escrita igualmente en *slokas* ó dísticos de treinta y dos pies. Es un cuadro poético, vasto y rápido á la vez, del que sólo indicaremos las principales líneas.

Después de la invocación y exposición de cajón, Kalidasa nos traza el retrato de uno de los primeros hijos de Mamí, Dilipe, rey de Kosala, tipo de perfección régia. Su mujer Sudakshina, tan virtuosa como él, le acompaña cerca del anacoreta Vasishtha, porque no tienen hijos, y las súplicas de aquel santo son las únicas que pueden alcanzárselo. Éste explica al monarca las causas de la esterilidad de Sudakshina: en otro tiempo él había ultrajado á Surabhi, vaca consagrada á los dioses, y la vaca le maldijo: no puede rescatar su crimen sino honrando á Nandini, hija de Surabhi, ternera que está al servicio del mismo Vasishtha. Nada hay más profundo que el respeto de los pueblos gangéticos hacia este animal, que en la lengua y poesía indias simboliza la tierra; cómo Dilipe sigue paso á paso á la ternera sagrada, ofreciéndole agua pura y yerbas perfumadas, apartando de ella los insectos, acariciándola y vigilándola; cómo la defiende de un león furioso, que no es otra cosa que un genio metamorfoseado, es preciso verlo en el texto mismo. Aquellos son prodigios, transformaciones, escenas de la más rara superstición, encajadas en los más frescos paisajes. Lo maravilloso, que en los demás poetas no es más que un agradable ornato, un brillante accesorio, constituye el fondo y la base de la epopeya sanscrita.

Tal caridad da sus frutos: un niño milagroso nace bien pronto de su Sudakshina; el amor con que le favorece Dilipe está descrito con una sencillez conmovedora. Este niño, llamado Raghú (el que va lejos), y que da nombre á su obra, debe ser un héroe. Recibe la tonsura como todos los jóvenes príncipes indios y se le inicia en las letras, porque la educación de los herederos presuntos de la corona era tan cuidada en la India como entre los judíos y persas. Más tarde, después de un combate de Raghú contra el mismo dios Indra, combate verdaderamente homérico, Dilipe le asocia á su poder, y abdica, nó por disgusto ó desidia, como Diocleciano ó Carlos V, sino por conformarse á la tradición, que quería que los monarcas indios fuesen á terminar en el fondo de un piadoso retiro una larga vida consagrada al ejercicio peligroso de la autoridad, tan pronto como tenían un sucesor capaz de sostener el peso de ella. Las cos-

tumbres que nos retratan estos poemas eran de una pureza bastante rara seguramente en las admirables literaturas de la Grecia ó de Roma, y que nos transporta á la época caballeresca de la Edad Media. No nos extenderemos en las conquistas, viajes y liberalidades de Raghú. Todos aquellos *kehatryas* ó héroes de la casta noble eran tan caritativos como bravos, y tan devotos como hábiles. Nosotros no tenemos más que un San Luis en toda la historia de Francia; en el *Rhagou-Vansa* solamente hay diez. Raghú recibe á su vez de los sacerdotes que venera la promesa de un hijo, la recompensa más preciosa posible para un ferviente sectario de los *Vedas*. Aquel hijo viene á la hora fijada, se llama Ajá, y cuando está en edad de casarse, un príncipe vecino, Rhodja, le destina su hermana Indumati. En el momento en que el joven va á presentarse á su prometida real, es atacado por un elefante salvaje, ó mejor por un genio celestial condenado á revestirse de aquella forma; le da un flechazo en la frente, é inmediatamente el genio recobra su primera forma y ofrece un arco mágico al guerrero que le ha librado.

La elegancia y la gracia, cualidades habituales de Kalidasa, se despliegan con facilidad en el relato del *swamyabara* ó elección de esposo; porque las princesas indias, más favorecidas que las de la mayor parte del occidente moderno, no contraían sino matrimonios por inclinación, en lugar de ser instrumentos ó víctimas de la política. Siete príncipes solicitan la mano de Indumati, que debe elegir uno de ellos en presencia de la multitud. Imposible sería decir cuánta sutileza y coquetería ha prodigado el poeta en los retratos de aquellos diversos monarcas, tan tiernos y tan amables como áridos y groseros eran los pretendientes de Penélope. Son verdaderos caballeros de la Edad Media reunidos en una corte de amor y buscando el medio de agradar á la reina de la hermosura. Ajá es elegido; arrogante y dichoso, se lleva á su compañera. ¡Ay! la dicha de los esposos se turba prontamente. La *Iliada* y los *Nibelungen*, los *romances* españoles y nuestras epopeyas caballerescas, abundan en batallas dadas por las mujeres: lo mismo sucedía en las orillas del Ganges. Los siete monarcas repudiados se emboscan en el camino del rival preferido y le disputan la posesión de Indumati. La descripción de este combate es larga y de una energía rara en Kalidasa, recordando las poesías persas, germánicas y escandinavas.

Cada uno escogió un rival digno de él en la confusión.... El caballero no continuaba hiriendo ya al que le había herido y no podía volverle sus golpes; hubiera querido ver revivir á aquel cuyo cadáver pendía inclinado sobre el cuello de su corcel.... El campo de batalla tenía por frutos cabezas cortadas, por copas cascos caídos en tierra, por vino sangre: parecía el festín de la muerte. Cuando las aves de presa desgarraban por los dos cabos un fragmento de brazo, un lobo herido en la garganta por el broche del brazalete se vió obligado á abandonar aquella presa, apesar de su avidez por la carne. Un soldado, cuya cabeza había sido cortada por el machete enemigo, fué colocado inmediatamente en un carro aéreo: una ninfa celestial se sentó en él á su izquierda, y pudo ver desde lo alto su tronco mutilado palpitante aún en la llanura.

Ajá blande su arco mágico, é inmediatamente queda en su sitio el ejército de los príncipes rivales poseído de un miedo súbito, y vuelve libremente á su casa. Su padre Raghú, sintiéndose envejecer y viéndose renacer en su persona, se dispone á dejar el trono apesar del llanto de su hijo; va á retirarse á las selvas y á fuerza de austeridades á esperar allí el momento del *nirvana*, es decir, el momento en que será librado de la pena de vivir, y en el que se absorberá en el seno de la divinidad. Más tarde, Ajá mismo obtiene un hijo; pero llora á su padre Raghú y á su esposa Indumati. Sensible como Eurípides y Virgilio, Kalidasa nos representa allí un nuevo Admeto llorando su Alceste, otro Orfeo pidiendo su Euridice. Las estancias elegíacas que el príncipe pronuncia ante el cuerpo inanimado de su compañera, forman una verdadera salmodia fúnebre.

«.....Me parece, sin embargo, que vas á revivir cuando el viento agita los bucles de tus cabellos adornados de flores, trenzados y brillantes como el color de las abejas. Despiértate pronto, mi muy amada, y dignate disipar mis inquietudes, como esas yerbas fosforescentes que de noche iluminan las tenebrosas cavernas del Himalaya. Á la vista de ese rostro, que cubren tus cabellos en desorden; á la vista de tu boca muda, ¡cuánto sufro! Creo ver un nenúfar solitario olvidado en la sombra, y donde el insecto andaba á su alrededor sin fijarse en él. La luna y la noche son inseparables; el ave vuelve á reunirse con su compañera; pero tú ¡oh dolor! tú me dejas, por toda una eternidad. ¡Oh mujer de las formas graciosas! Tus miembros delicados, que se hubieran lastimado aún desflorando un lecho de hojas frescas, ¿qué se harán, dime, si se los coloca en una pira? Tú has legado á los ruiseñores tu voz armoniosa, á los cisnes tu andar



SEVILLA.—La Catedral, vista desde la capilla de la Antigua.
(Fototipia.)

lánguido, á las ciervas tu mirada tímida, á las plantas, muellemente acariciadas por el viento, tu sonrisa.... Hoy mi reposo está turbado, mis placeres se han desvanecido, mis cantos han cesado; la bella estacion no tiene ya fiestas para mí; no tengo ningun motivo para adornarme; mi lecho está vacío para siempre. ¡Oh mi esposa y compañera, mi amiga y mi amante, mi discípula querida en el arte del canto, mi bella Indumati, responde á mis quejas! Arrebatándote á mí sin piedad, la muerte me ha arrebatado todo.... En vano conservo el imperio: sin tí, la felicidad de Ajá sólo es un sueño; yo huyo todos los demás goces: para mí tú los reunías todos, ¡y tú ya no existes!»

Á estos recuerdos, en que á un sentimiento patético se une una imaginacion tan florida, oponemos las palabras que acaba de dirigir al príncipe afligido un piadoso discípulo del pontífice Vasishtha: aquellas graves máximas, conformes con la antigua doctrina de los brahmanes, forman, con las quejas afeminadas de Ajá, un contraste lleno de nobleza.

«Cesa de pensar en la partida de Indumati; todo el que nace está seguro de morir. Vuelve tus miradas á la tierra; hé aquí la verdadera compañera de los reyes. Tú, que has tenido la sabiduría de evitar constantemente en la dicha el escándalo del orgullo, áun ahora, en medio del dolor que consume tu alma, tén fuerzas suficientes para soportarlo todo. ¿Piensas poder reconquistar con lágrimas á la que no obtendrás si te contentas con morir tras ella? Apaga tus lamentos; vuélvete á unir á tu esposa por dones y sacrificios, porque las prolongadas lágrimas importunan á los muertos, segun se dice. En efecto, la muerte es la condicion natural de los seres; segun los sabios, la vida no es para nosotros más que una trasformacion; así cuando uno vive, cuando uno respira solamente un minuto, no habrá ganado en ello. El hombre pusilánime mira la muerte de un amigo como una espina clavada en el corazon; pero el hombre magnánimo piensa que la muerte conduce á la salud. Puesto que los Vedas nos enseñan que el cuerpo y el alma se separan alternativamente, dime, te suplico, ¿cómo podría afligirse el sabio de estar separado de lo que está fuera de él? Oh, el mejor de los soberanos, no vayas como un insensato á caer bajo el yugo de la desesperacion! ¿Qué diferencia habria entre los montes y los árboles, si el viento que sopla quebrantase á los unos lo mismo que á los otros?»

Estos consuelos tan religiosos y razonables dejan á Ajá inconsolable y desesperado. Resígnase, en fin, á aguardar: aguarda veinte años, hasta que su hijo se haya revestido con la coraza real y recibido los homenajes de los ciudadanos; pero entónces se deja morir de hambre, y corriendo, halla en lo alto á su compañera adorada, más bella aún que bajo su primera forma, y goza de nuevo de su amor en los deliciosos palacios del cielo, y esta vez es para siempre.

El hijo de Ajá y de Indumati, Dasaratha, rey de Ayodhya (Ouda), es uno de los mejores príncipes de aquella raza, de la que casi todos son buenos; la pintura de tantos héroes y santos sería monotonía si se pudiera hastiar uno del espectáculo de la virtud. Los cuadros episódicos se suceden sin intermision: de una descripcion muy desarrollada de la primavera, llena de detalles voluptuosos y refinados, pero muchas veces dignos de Ovidio, Thomson ó Gessner, pasamos al relato de una caza verdaderamente india; cabras y machos cabríos, ciervos y gacelas, jabalíes feroces, toros salvajes, caen bajo los golpes del jóven monarca: desgraciadamente, una de sus saetas ha volado al azar y ha herido en los sotos á Yadjnadata, hijo de un eremita viejo y ciego, que sacaba agua para sus padres de un rio cercano. Este incidente, que ha sido contado en versos conmovedores por el autor del Ramayana, está indicado por Kalidasa en algunos rasgos vivos y rápidos.

«Habiendo seguido las huellas de una cierva, y perdido de vista su escolta; llevado al través de los bosques por su caballo, que manaba espuma, llegó al rio Tamasa, cuyas orillas están habitadas por tanto eremita. Cerca del agua resonó un grito claro y dulce, el de una vasija que se llenaba. Dasaratha, creyendo era el grito sofocado de un elefante, lanza hácia aquel lado una flecha, que cae en él silbando.... «¡Ay, padre mio!» Tal fué el lamento que oyó entónces: buscando al autor de él, oculto detrás de los zarzales, descubrió, atravesado por su flecha, al hijo de un religioso. Inmediatamente desgarró el arrepentimiento el corazon del rey como otra flecha más rápida. El cuerpo del jóven estaba caido sobre la urna. Bajando del caballo el noble príncipe, le preguntó acerca de su nacimiento; supo que debía el dia á un eremita. Á peticion suya, y sin haber sacado aún el dardo de su seno, le condujo hácia su padre ciego y le contó el crimen involuntario cometido por él en su hijo único. Despues de largas lamentaciones, los dos esposos mandan al homicida saque él mismo la flecha del pecho de su hijo, que instantáneamente rinde el alma. Entónces el anciano padre, regando sus manos con sus lágrimas, lanza contra el rey esta maldicion: «¡Tú tambien, al declinar tu edad, dejarás la vida llorando un hijo!» Diciendo

esto, parecia una serpiente que, hollada por los piés, vomitaba un veneno.»

(Se continuará.)

JOSÉ LESEN Y MORENO.

PROPAGACION DEL ARTE TIPOGRÁFICO

II

En nuestro anterior artículo expusimos brevemente lo que encontramos como más verídico respecto al origen de la Imprenta. Asunto es éste, digno, sin duda, de ser tratado con más detencion; pero considerando que no es lo mismo discurrir sobre conjeturas que sobre hechos, abreviamos nuestra narracion temerosos de incurrir en inexactitudes. De aquí que nos ciñéramos á hacer una sucinta reseña de este interesante episodio de la industria humana. Por otra parte, como varias ciudades é individuos reivindican para sí la gloria de la invencion, y como este proceso se halla todavía pendiente ante el tribunal de la Historia, que no ha pronunciado aún su última palabra, parécenos oportuno dar á conocer las reclamaciones de las otras partes contendientes.

Los habitantes de Harlem pretenden que Lorenzo Juan Coster, uno de sus compatriotas, inventó la Imprenta hácia el año 1430, y que desde el nacimiento de este arte se sirvió de planchas fijas de madera; pero que bien pronto abandonó dicho procedimiento y se puso á grabar punzones en acero, á abrir matrices y á fundir letras de metal. Añaden, que mientras Coster se hallaba en la iglesia, cumpliendo con su cometido como sacristan, Guttenberg, su colaborador, hubo de apoderarse de los instrumentos y útiles de que se servian, huyéndose con ellos á Maguncia, en donde se hizo pasar por su inventor. Citan además un libro intitulado *Speculum humane salvationis*, impreso en aquella ciudad en holandés y en latin, y afirman que este libro es el primer producto de la Tipografía; pero como no lleva fecha, su asercion carece de pruebas y puede ser sospechosa de parcialidad. Por último, aún celebran una fiesta secular en honor del pretendido descubrimiento de Coster.

Hé aquí ahora los títulos que hacen valer los habitantes de Strasburgo. Dicen que Juan Mentelin, hijo de aquella ciudad, fué el primero que concibió la idea de la Imprenta; que se unió á Guttenberg para ejecutar los trabajos preparatorios, y que éste, aprovechando las primeras nociones recibidas, se fué á Maguncia, en donde adelantó á Mentelin en la ejecucion del proyecto. Apoyan sus pretensiones en las cartas de nobleza que le fueron enviadas á éste por el emperador Federico III, cosa poco extraña en verdad si se tiene en cuenta que Mentelin fué el primer impresor que hubo en Strasburgo, y uno de los primeros que ejercieron la nueva profesion fuera de Maguncia: de aquí que se le haya atribuido el mérito de la invencion.

Para desvirtuar en algun tanto estas suposiciones, parécenos oportuno consignar que Mr. Duverger, uno de los más hábiles y sabios tipógrafos franceses, dice en su *Histoire de l'invention de l'imprimerie par les Monuments*, escrita en 1840 con ocasion de ser el cuarto centenario del nacimiento del arte, que no sólo fué impresa la Biblia de Guttenberg en tipos móviles metálicos, sino que la *Gramática de Donato*, publicada algunos años antes, lo habia sido tambien en la misma forma. Parece, pues, evidente que Guttenberg resolvió el problema completo; y esta hipótesis encuentra su confirmacion en los autos de un proceso incoado en 1439 por uno de sus consocios, y con ocasion del cual se demuestra que aquél anduvo en negociaciones con varios plateros y un carpintero, y que hacia compras de plomo; circunstancias que no pueden atribuirse sino á los trabajos necesarios para el grabado y la fundicion de caracteres, así como para la construccion de la prensa. Mr. Duverger ha prestado un gran servicio á la historia de la Tipografía entregándose á estas concienzudas y laboriosas investigaciones, que le han llevado á conclusion tan positiva.

Maguncia, Strasburgo y Harlem no fueron las únicas poblaciones que quisieron enriquecer sus anales con el hecho glorioso que cada cual reclama para uno de sus hijos. Este título de ilustracion fué pretendido por otras ciudades de Europa, tales como Ambéres, Augsburgo, Bâle, Bamberg, Colonia, Dordrecht, Feltri, Florencia, Lubek, Nuremberg, Roma, Russeburgo, Schelestadt, Venecia, etc.; pero con tan poco fundamento, que no merece la pena el ocuparse de ello.

En cuanto á la antigua tradicion que designa á la China como su cuna, es cierto que la impresion tabularia fué conocida en aquel imperio con mucha anterioridad á la época de su descubrimiento en el Occidente; pero no es ménos positivo que los caracteres móviles y metálicos fueron importados allí por los europeos, y que en la actualidad aún se sirven de

las planchas de madera para ciertos y determinados trabajos.

Antes de terminar esta especie de preámbulo, transcribiremos lo que Mr. Dannou, miembro del Instituto de París, dice, entre otras cosas, en su *Analyse des opinions diverses sur l'origine de l'imprimerie* (in 8.º, París an II, Renouard et Baudoin): «....Si fuera preciso resumir en pocas palabras todas las probabilidades, yo diria que la impresion tabularia, conocida de largo tiempo en la China, parece haber sido aplicada por los europeos á la estampacion de los naipes y de las láminas hácia fines del siglo XIV ó principios del XV; que ántes de 1440 se habian impreso de esta manera, sea en Harlem, sea en otra parte, primero láminas con cortas inscripciones, despues libros de iglesia ó de escuelas, y especialmente los *Donatos*; que, con anterioridad tambien á esta fecha, Guttenberg concibió en Strasburgo la idea de los tipos móviles, pero que no la puso en ejecucion en dicha ciudad, y enseguida en Maguncia, sino despues de multitud de ensayos penosos y dispendiosos improductivos, y hasta tanto que las letras fueron esculpidas sobre madera ó sobre metal; que no sería fácil designar ningun libro como impreso por Guttenberg en Strasburgo, y que los *Donatos* que pasan por ser salidos de sus prensas en Maguncia ántes de 1449 no pertenecen sino á la impresion tabularia. Por tanto, todo libro impreso ántes de 1457 lo ha sido, ó por planchas y letras sueltas de madera, ó por caracteres de metal, fundidos tales como los nuestros, inventados por Gutenberg ó por Fausto, perfeccionados, sin duda alguna, por Schœffer y empleados por vez primera en la impresion de la *Biblia* sin fecha, de 637 ó 640 hojas. Estos—añade—no son hechos positivos, demostrados, incontestables, sino simples conjeturas, más ó ménos cercanas á la verdad.»

* * *

Apénas divulgado el secreto de los inventores, un gran número de establecimientos de esta clase abrieron prontamente en las diferentes capitales de Europa, siendo París una de las primeras en que esto aconteció. Ulrico Gering, Crantz y Friburger empezaron á imprimir en 1470. Al terminar el siglo, ya existian más de doscientas imprentas, cuyos numerosos productos atestiguaban el mérito del descubrimiento.

En los comienzos del siglo XVI, Simon de Colines, Vascosan, los Estienne, literatos y eruditos franceses, secundados por el hábil grabador Garamond, dieron á luz ediciones notables, á la vez que por la hermosura de la impresion por la pureza irreprochable del texto.

En el siglo XVII, Cramoisy, célebre impresor, fué encargado el primero por Luis XIII de la direccion de la imprenta Real, fundada bajo su reinado, en 1640, y establecida desde luégo en el Louvre. El arte tipográfico fué ilustrado en el XVIII por los Anisson, los Barbou, los Didot y otros. Nuestro siglo es deudor á Mrs. Pedro y Fermin Didot de muchos descubrimientos notables, entre los que debe figurar en primera línea la estereotipia, de la cual se habian hecho, hace más de cien años, ensayos infructuosos, y cuyo magnífico éxito, demostrado hoy por numerosos resultados, tiende á popularizar la instruccion, poniendo los libros al alcance de todas las fortunas. La ejecucion de tan ingenioso procedimiento es para esta célebre familia un título de gloria no ménos real que los excelentes trabajos que han salido de sus prensas y que elevaron el arte tipográfico al apogeo de su esplendor. Mr. Fermin Didot fué tambien el inventor de los caracteres cursivos que imitan la continuacion de los trazos de la pluma, y á que en España llamamos *escritura ó inglesa, manuscrito ó rondo*, etc., etc., y de las cartas tipogeográficas, verdadera conquista hecha por la Tipografía sobre el dominio del grabado.

Italia fué una de las naciones que abrazaron con más ardor el arte cuyo nacimiento acababa de asombrar á Europa. El culto de las letras, que se habia refugiado allí huyendo de la esclavizada Grecia, preparaba naturalmente una favorable acogida á las prensas, que debian extender las producciones inmortales con que Boccacio, Dante y Petrarca habian enriquecido á su patria en el siglo precedente. Roma, Venecia, Milan y un gran número de ciudades vieron bien pronto establecerse imprentas en su seno. Nicolás Jenson, francés de origen y grabador de medallas, fué á Maguncia para estudiar los secretos de la Tipografía, y enseguida á Venecia, en donde se entregó sin descanso, y con inteligencia suma, á su nueva profesion. Los Manuces empezaron á ejercer hácia fines del siglo XV, y su familia produjo muchas generaciones de tipógrafos igualmente célebres. Á fines del último siglo, y al principio de éste, las prensas de Bodoni, impresor de Parma, rivalizaron con las de París. Los volúmenes que de ellas salieron se hacen generalmente admirar por la limpieza de la tirada; pero bajo el punto de vista del grabado y de la fundicion, sus caracteres están léjos de la elegancia y de la perfeccion de los de Didot.

Las ediciones holandesas han alcanzado en los siglos XVI y XVII una merecida celebridad. Juan de Westfalia fué el primer impresor que ejerció en los Países Bajos, estableciéndose con su imprenta, el año 1474, en la ciudad de Luvaina. Cristóbal Plantin, natural de Tours, abrió imprenta en Ambéres en 1560, y sus prensas adquirieron un gran renombre. Más tarde los Blæw y los Elzevier ilustraron la Tipografía holandesa.

En el año de 1474 estableció William Caston en Inglaterra la primer imprenta, fijando su residencia en Westminster. El arte tipográfico permaneció largo tiempo estacionado en esta nación, acostumbrada á perfeccionar lo que no inventa, hasta que ya en el pasado siglo dió tal impulso á los trabajos, que sus ediciones consiguieron sobrepujar á las de otros países que habian producido lo más notable en este género. Foulis de Glasgow y Baskerville de Birmingham operaron en la Tipografía una revolucion, que colocó desde luégo este arte al nivel de los otros ramos de la industria inglesa. Bensley y Bulmer se han creado allí una alta reputacion. Inglaterra puede enorgullecerse con un gran número de descubrimientos y mejoras, cuyo objeto es procurar á la Tipografía vastos medios de explotacion, y sus prensas rivalizan con las de Francia por la exportacion de sus numerosos productos.

La Imprenta fué importada en España el mismo año que en Inglaterra, estableciéndose la primer prensa en Valencia en 1474. La Tipografía española produjo algunas ediciones notables en sus primeros tiempos, pero despues decayó bastante en los siglos XVI y XVII, por causas que todos conocemos y que no es ahora del caso relatar, hasta que ya á mediados de la anterior centuria empezó á levantarse de su postracion, siendo los trabajos más notables de aquella época los de Ibarra, célebre impresor de Madrid, á los que no puede negarse el mérito de la ejecucion material, unido á una excelente correccion. Él fué el primero que empleó el satinado del papel despues de la tirada.

Hasta un siglo despues de su invencion no fué introducida la Imprenta en Rusia, no obstante haberse extendido tan rápidamente por todos los puntos de Alemania; pero la impresion de los libros tuvo que vencer allí insuperables obstáculos, por hallarse sumida aquella nacion en la ignorancia y en la barbarie.

Poco tiempo despues del descubrimiento del Nuevo Mundo, prensas europeas fueron trasportadas á la América meridional. Antes de concluir el siglo XVI, un cierto número de libros habian sido impresos en México y en el Perú. Hácia mediados del XVII este arte se practicaba en la América del Norte.

La prensa ha extendido su imperio desde las heladas rocas de Islandia hasta ciertas islas del Pacífico y Australia, no existiendo en la actualidad más que algunas poblaciones bárbaras del África y del Asia á donde no ha podido penetrar llevando el germen de la civilizacion.

VICENTE ADRIAN Y NEVADO.

LA CARIDAD

ANTITESIS DEL EGOISMO

La caridad es un destello del amor divino en la tierra, y la más sublime sin duda de todas las virtudes, vínculo santo que Dios ha concedido á la humanidad para estrechar las distancias que la separan, mitigar sus mutuos dolores y sobreponerse á esas rancias preocupaciones que se hacen ridículas llevadas hasta la exageracion y que deben su origen al orgullo de raza y á la diferencia de jerarquías.

Por fortuna casi todas ellas van desapareciendo ya al solo eco de esas hermosísimas frases que se llaman religion, libertad y civilizacion.

La caridad no es tan sólo una virtud sublime, si que también la práctica de un deber que Dios, la moral y las leyes, la sociabilidad humana imponen á todo hombre bien nacido, y más particularmente á aquellos que, poseyendo lo supérfluo, se hallan por ende en mejores condiciones para subvenir á las necesidades del que carece hasta de lo indispensable. ¿Debe entenderse por eso que los que se ven privados de fortuna no pueden ejercer la caridad? Nó, por cierto; este noble sentimiento no puede ser exclusivo patrimonio de determinada clase; como todos los que distinguen al corazón humano, halla fácil acceso lo mismo bajo el frac de riquísimo paño del aristócrata, que bajo la humilde chaqueta del proletario. La caridad en los pobres consiste en el amor, en la gratitud, en el respeto; es, en fin, en todos, sin distincion de clases, la carencia absoluta de envidia, pasion bastarda é innoble como ninguna, que hace arrastrar-

se por el lodo á los que por ella se sienten dominados; que desvirtúa los más nobles afectos y las más meritorias acciones, y que agita en rudo y terrible combate las almas mezquinas, únicas capaces de albergar tan ruines sentimientos. El rico, más afortunado, por su parte puede ejercer la caridad en ámbos sentidos; ese es, sin duda, el mejor y más hermoso atributo de la fortuna. ¡Dichosos aquellos que usan de él de un modo conveniente!

Felizmente el espíritu de progreso que caracteriza á nuestro siglo deja sentir sus saludables efectos en las costumbres sociales, y más particularmente en aquellas que se relacionan con la práctica de la caridad.

Hoy, por fortuna, las Sociedades filantrópicas se multiplican; los favorecidos por la suerte (hablando en tésis general) acorren con cariñosa solicitud á remediar las desgracias de sus semejantes, y desde el suntuoso palacio de los reyes, hasta la pobre choza del labriego, en todas partes germina y se desarrolla ese purísimo sentimiento del amor al prójimo que brotó en el Gólgota y que ha echado despues hondas raíces en todos los pueblos cultos. Diganlo, si no, París, Lóndres, Madrid, Viena, todos esos grandes centros de ilustracion donde las sociedades se adormecen con el humo de las fábricas y el opio de los placeres, y donde, sin embargo, al solo grito de caridad todos se estimulan y agitan con actividad febril para aliviar una desgracia ó remediar una catástrofe, como lo prueba con reciente ejemplo lo sucedido en la inundacion de Murcia y en otros mil casos que sería prolijo enumerar.

¿Significa esto, acaso, que los hombres hayan alcanzado su grado de perfeccion en ese concepto, y que las muchas llagas que la sociedad ostentaba se hayan cicatrizado con el bálsamo santo de la caridad?

De ningun modo: aún existen, por desgracia, en nuestro siglo seres depravados que miran con indiferencia las penalidades de sus hermanos; esclavos de la avaricia, que amortizan con sórdida codicia riquezas inmensas, ó las emplean con incalificable usura, sin haber nunca experimentado la más dulce y grata de las satisfacciones, que es sin duda la de enjugar una lágrima, socorriendo una desgracia: son tan raros, sin embargo, esos seres, que acaso en el siglo venidero, si existe alguno, pueda enviarse como muestra á un museo arqueológico.

Apénas podemos recordar, sin que suba el rubor á las mejillas y embargue nuestro ánimo un sentimiento de santa indignacion, aquella etapa histórica de salvajismo durante la cual imperaba el despotismo más absoluto y el feudalismo más absurdo: época en que los señores tenian derecho de vida y hacienda sobre sus vasallos; en la que el hombre pobre se consideraba como un instrumento de vil explotacion, y la mujer, de igual condicion, como un incentivo de placeres sensuales, concediendo sobre ellas derechos que, por respeto al pudor, no mencionamos, y estableciendo hábitos y costumbres en todo, que eran otras tantas utopías, apénas concebibles en nuestros dias.

La regeneracion social há tiempo se ha realizado, por fortuna; los legisladores, cual cortadores expertos que cercenan la rama vieja y casi seca pendiente del tronco carcomido para recoger su savia en un punto dado y producir otras vigorosas y lozanas, han abolido esas costumbres bárbaras y han promulgado leyes sábias y humanitarias, que marcan al hombre deberes racionales y le conceden derechos que siempre han debido serles inherentes.

Como consecuencia lógica de todo ello, puede deducirse que la caridad, hoy como siempre, debe ser un dogma de conciencia, y nadie, bajo ningun concepto ni á ningun título, está exento de cumplirla, moralmente al ménos.

Nunca, como en los críticos momentos que atravesamos, fué necesario recomendar la caridad teóricamente y apoyar nuestros argumentos en el ejemplo práctico; jamás afligió las fértiles y risueñas comarcas andaluzas una calamidad mayor que la que hoy cierne sus negras alas sobre nosotros, marcando sus tristísimas huellas en el rostro de miles de desgraciados, que sienten esa espantosa enfermedad, apénas comprensible en nuestro siglo, y que se conoce con el nombre de hambre.

¿No hay acaso mil medios para extinguirla ó atenuarla? Seguramente, y todos los conocemos y podemos emplearlos, cada cual en la esfera que nos sea posible.

No há muchos dias esta hermosa ciudad, emporio de bellezas sin cuento, ostentaba las galas con que la naturaleza y el arte la dotaran: sus edificios, sus paseos, sus teatros, todo rebosaba animacion y vida; esa vida exuberante de los pueblos más felices y ricos.

Sus espectáculos, sobre todo, animados por una inmensa multitud, representaban sumas enormes, sacrificadas á placeres momentáneos. No pretendemos anatematizar las distracciones, mucho ménos si son tan cultas como las que de ordinario ofrece Sevilla: las consideramos como una expansion del espíritu y un medio civilizador en lo que al arte escénico se refiere. Pero aquí, donde no faltan medios para distraerse, no pueden faltar tampoco para ejercer la caridad; de lo contrario, la carcajada de los privilegiados y felices resultaría un fatídico eco al lamento de los desgraciados.

Redoblemos todos nuestros esfuerzos, y en la esfera de accion que nos sea posible, remedemos la espantosa plaga que asola nuestro país.

El corazón de los españoles, tan exaltado, tan noble, tan generoso y entusiasta de suyo, no puede estar seco como en la actualidad lo están la mayor parte de nuestros campos. Tengamos fe en la Providencia, esperanza en el porvenir y caridad en los actuales momentos, y con esas poderosas palancas podremos remover innumerables obstáculos.

JOSÉ M.ª LOPEZ Y LOPEZ.

VARIEDADES

EL TRAPERO.—No es el trapero uno de esos tipos populares que nos pertenecen, que constituyen un rasgo característico en nuestras costumbres, en la vida de nuestros pueblos. Vive en todas partes donde la civilizacion ha posado su planta: es una manifestacion del progreso, un signo de cultura, de adelanto industrial y científico.

Hay cierta química en la sociedad en un todo semejante á la química de la naturaleza. Dejan en ésta de existir los seres; mas ni uno solo de sus átomos se aniquila: cambian únicamente de situacion, de estado, de reino; van al punto á constituir otros seres, otros objetos, otras cosas.

Tal es también lo que en la vida ordinaria ocurre. Desechamos los utensilios, los muebles, las ropas que nos sirvieron y ya no pueden servirnos; los arrojamos con ingratitud y desprecio en el vil monton de basura; y á medida que nosotros los arrojamos, otros los recogen y los devuelven al inmenso y activo laboratorio de la industria, esa portentosa química creada por el hombre, para trasformarlos en nuevos objetos, necesarios ó útiles, que pasan bien pronto á desempeñar su papel en el mundo.

Agente importantísimo de ese gran comercio, de esa operacion incesante que convierte lo viejo en nuevo, lo despreciado en útil, lo muerto en renaciente, es el trapero. No es preciso describirle; todos le conocen, y en todas partes es el mismo. Eterno explorador de despojos, lánzase á sus empresas en las altas horas de la noche, antes de que las escobas de la policia urbana puedan arrebatarle sus tesoros. Si el botin no ha sido grande, abandona la ciudad, encamínase á sus afueras y allí prosigue sus pesquisas; hallado el vellotino de oro, es decir, hallado un monton de basuras, á la manera que excava el minero las entrañas de la tierra en busca del filon codiciado, excava el trapero el monton de aquellos *deétritus* sociales.... Trapos, papeles, cacharros, sapos y culebras, todo cae bajo las garras de su clásico gancho, todo entra en sus miras y en su talego ó su canasto, todo irá á parar, á rejuvenecerse, á trasformarse en el sudoroso laboratorio de la industria.

Á lo mejor, el trapero resulta un gran filósofo, y al caer en sus manos cualquiera de esos mil chirimbolos que fueron ó pudieron ser en el mundo testigos é instrumentos de grandes hazañas, triunfos, derrotas, dolores y placeres, reconstruye con el pensamiento su terrible ó pintoresca historia, abismase en hondas y sábias meditaciones, y arrojándole luégo, por fin, en el comun depósito de sus heterogéneos hallazgos, exclama en tono reflexivo y filosófico, algo parecido á esta sentencia:

Sic transit gloria mundi.

SUMARIO

TEXTO.—Revista quincenal, por C. de la Península.—La Geografía en el siglo V antes de Jesucristo (conclusion), por D. Mario Mendez.—La poesia de la India antigua (continuacion), por D. José Losen y Moreno.—Propagacion del arte tipográfico, por D. Vicente Adrian y Nevado.—Variedades.

ILUSTRACIONES.—SEVILLA.—La Catedral vista desde la capilla de la Antigua (fototipia).